

EL GRABADOR MANUEL CASTRO GIL EN ARAGON

EL artista del grabado al aguafuerte, Manuel Castro Gil, ha expuesto en Zaragoza sus obras por segunda vez, con éxito inmenso, y se ha llegado hasta tierras de la provincia de Huesca. Ha visitado los monumentos de la capital, y en excursión artística hemos ascendido al castillo de Loarre y al monasterio de San Juan de la Peña. He sido testigo de hondísimas emociones del gran grabador. Ante el retablo mayor catedralicio quedóse estupefacto; el castillo le arrancó exclamaciones de asombro, y nada digamos respecto de ese monumento único que es San Juan de la Peña. Su carpeta de apuntes ha recogido algunas de estas vibraciones, que pronto se trocarán en otras tantas estampas al aguafuerte, que con su autor irán en seguida a América para pregonar las bellezas del Alto Aragón. También los Mallos de Riglos merecieron la detención de Castro Gil.

Es el grabado arte tan íntimo, tan cordial, que supera en mucho al mero dibujo, y—¿cómo no?—a la fotografía, que a su lado es completamente inerte. Aventura, además, a las mismas obras pictóricas y escultóricas, porque éstas, como únicas, son patrimonio de las grandes fortunas. En cambio, por el procedimiento del grabado, que permite la multiplicidad de reproducciones, estas obras se hacen asequibles a todos los públicos, son instrumento maravilloso de educación, de penetración; y para todo lo que sea elevar el nivel cultural y, sobre todo, estético del pueblo, enseñándole a saber ver, no hay como el grabado para realizar esta labor docente altísima de elevar a las cumbres de la contemplación artística, del goce estético, de la emoción del paisaje, del monumento, del traje, a las gentes ignaras cuyo pecado se funda en no haber sido educadas. Ciertamente, hay pocos coleccionistas de estampas. Pero hay menos cultivadores del grabado.

Manuel Castro Gil ha exhibido cantidad de sus obras en el Centro Mercantil de Zaragoza, y en verdad ha elegido un buen escenario; adecuado, si no por el presente, por el pretérito de Aragón, porque Castro Gil ha presentado sus obras en una región que tiene abolengo en el arte del grabado. Recordemos que al nacer con la imprenta, en

Zaragoza empezó a desarrollarse, hasta culminar en el siglo xviii, merced a la devoción a la Virgen del Pilar. Mateo González, por no citar nada más que uno, manifestó tener un buril sensible, vibrante, delicado. Y hay otro rincón aragonés donde también se desarrolló el arte del grabado, por la protección de un prócer ilustre: Vincencio Juan de Lastanosa, desde su palacio de Huesca. Es un caso curioso de protección a los artistas, pero, concretamente, a una familia, a una dinastía de grabadores: los Agüesca, entre los cuales (es interesante) figuraba una muchachita, Teresa Agüesca. Yo conozco estampas y escudos de armas grabados por ella; y—dice Lastanosa—ya de tierna edad manifestó propensión y disposición especiales para el cultivo de este arte, y compuso una estampa de San Antonio, que había llamado la atención; ésta no la conozco, pero por las muestras que subsisten se deduce que era muy sensible, muy preparada y muy diestra.

La escuela tuvo su final en un hombre ciertamente raro, pero digno de interés y de estudio, Francisco Antonio de Artiga, autor del proyecto del famoso pantano de Arguis, que ha sido, y es de esperar que siga siendo, la salvación de la hoya agrícola de Huesca; y autor del proyecto de la Universidad Sertoriana, y existe el edificio, y el proyecto también, en un grabado al aguafuerte, muy pintoresco y curioso.

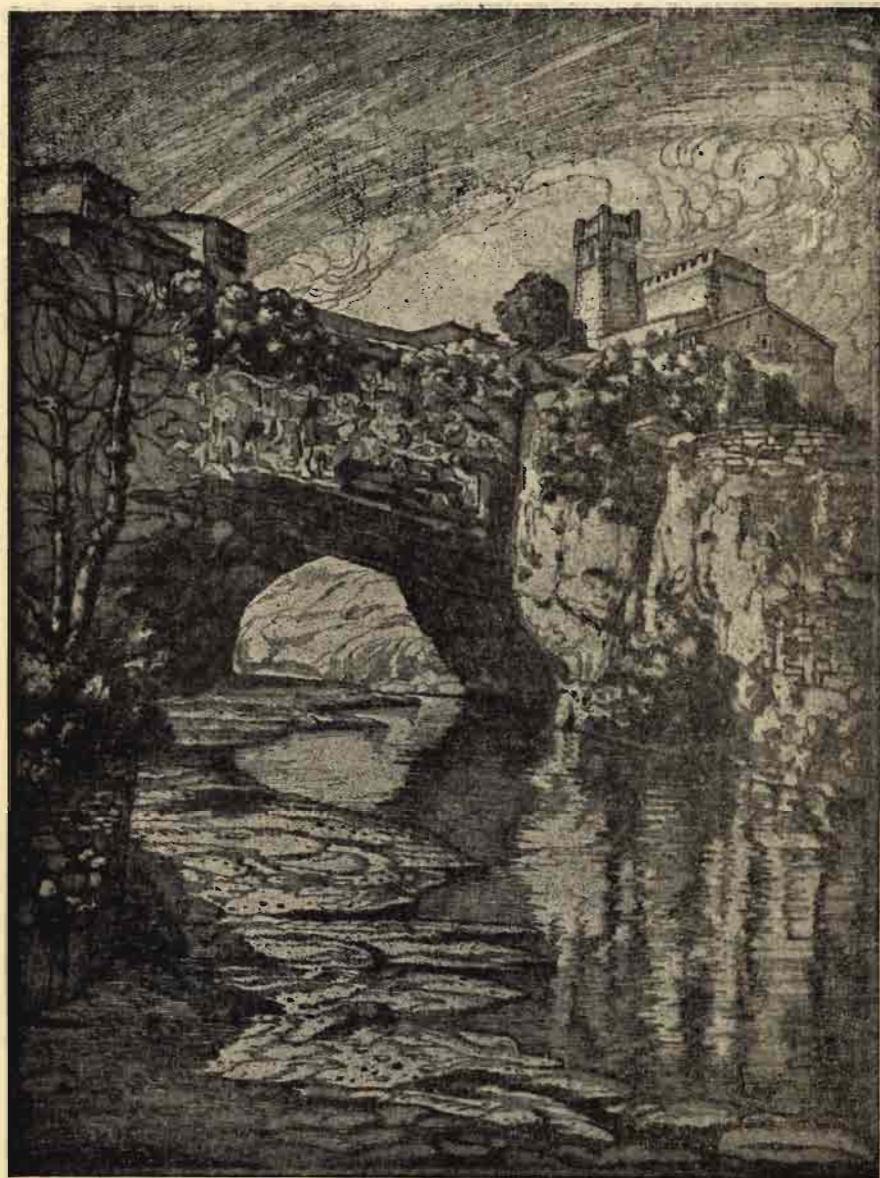
Además, en Huesca nació D. Valentín Carderera. Carderera es el hombre andariego, curioso, inquieto, que a raíz de la desamortización eclesiástica recorre España con avidez insaciable. El lo ve todo y lo recoge todo; toma notas, apuntes, pinta acuarelas; pero, en especial, es coleccionista de estampas, tanto, que su colección pudo nutrir la Biblioteca Nacional, la Academia de Bellas Artes de San Fernando, los Museos de Huesca y Zaragoza.

A estos establecimientos envió pródigamente cantidad de estampas en grabado. Estoy por afirmar que no hay, entre los tratadistas del siglo pasado, quien haya dedicado ditirambos más amplios y cordiales al arte del grabado como Carderera. Valentín Carderera era un enamorado de este arte, porque razonaba bien cuando decía: ¿Cuántas obras de pintura al fresco desconoceríamos, por haber perecido, si no hubieran sido recogidas en grabado? Si, por ejemplo, el grabador Morghen no hubiera trasladado con su buril a la plancha de cobre la maravillosa creación de Leonardo de Vinci, ¿quién la conocería? Y se deshace en elogios afirmando que estos coleccionistas adquirieron, con las estampas que reúnen, los máximos elementos de toda emoción, de toda distracción; es decir, que una colección de estampas grabadas es realmente un consuelo del ánimo, es situarse en lejanos países, en monumentos diversos, tenerlo todo a la vista, todo presente; y de una índole que no la produce—como he dicho antes—ni el dibujo, ni mucho menos la fotografía, ni la acua-

rela; éstas son cosas frías, inertes, pero el grabado, no; el grabado tiene una vibración, alcanza una flexión, un claroscuro especiales; máxime si esta flexión, este claroscuro, los da un alma vibrátil, alma genial como la de Manuel Castro Gil. Es un hombre interesante. Intento hacer una semblanza suya, no al margen de su arte, porque son inseparables; no se concibe a este artista sino pensando en su laboratorio. Ignoro cómo tiene el estudio; acaso es algo de tipo todavía dieciochesco, con sus ingredientes, sus resinas, sus gomas, sus lacas, sus planchas de cobre; en fin, un artificio que recuerde un poco aquel de los monjes del monte Athos, que pintaban vidrieras de colores, que miniaban, que hacían obras de orfebrería, que encuadernaban: taller amplísimo, un núcleo del copioso desarrollo artístico de la Edad Media.

Yo me imagino a Manuel Castro Gil, en este su laboratorio, entregado por entero a su arte; y digo por entero, porque el grabado, ciertamente, se ha mercantilizado; más aún: ha perdido su razón de ser, como la ha perdido, por ejemplo, la fotografía. Hoy el fotógrafo no profesional se limita a impresionar la placa desde su punto de vista; después, un taller mercenario por unas pesetas le hace las pruebas, revela las placas, cuando el encanto de la fotografía es el revelado, ese momento de emoción en que, en la superficie blanca se va dibujando el contorno de un edificio, de un paisaje, de una figura. También lo hacen los grabadores al uso, pero Castro Gil se ha negado a esto, y él, que tiene espíritu de asceta, disciplina monástica, quiere no sólo dibujar sobre la plancha de cobre, sino realizar todas las operaciones hasta que las pruebas están listas. Ese es el arte integral del grabado, el arte que pocos cultivan ya. Por eso, D. Manuel Castro Gil es venerable, no por su aspecto ni por su edad; lo es por su técnica, porque no traiciona al procedimiento, porque está siempre por encima de lo que es su manera de ser y de vivir. A Castro Gil—que es soltero—no le falta más que un hábito monacal para completar su silueta. Por temperamento es hombre apacible, tranquilo; muy observador, desde luego; es preciso ser muy observador, tener el ojo avizor siempre para cualquier emoción, para cualquier impresión; y él, burla burlando, con ese aspecto aparentemente distraído y ensimismado, observa mucho; de otra manera no produciría estas obras. Observa constantemente. Por temperamento es un gallego castizo, un celta; y al decir un celta, digo hombre de fibra, lleno de un móvil que empuja, que ordena. Su apariencia—repito—es sencilla, modesta: de ahí su simpatía peculiar; porque cuando vemos a un hombre que huye de la exhibición, que no se da importancia, y uno observa sus obras, encuentra diferencia enorme entre el valor de la producción y el valor que él ha querido, por temperamento, rebajar ante la contemplación del espectador. Y decimos: ¿qué ocurre aquí?

Pues, sencillamente, que estamos ante una batalla del espíritu. Manuel Castro Gil tiene, como Santa Teresa, su castillo interior, dotado de todos los instrumentos para vencer, para triunfar, porque es morada de fuerte voluntad, de clara inteligencia; voluntad e inteligencia puestas al servicio del arte. Castro Gil, como buen gallego, es apacible, dulce en su trato, con la saudade constante del paisaje de su tierra de Lugo; aquella melancolía la lleva dentro. Son las rías, las neblinas, las montañas, todo el encanto inefable que produce la contemplación del territorio gallego. De Castro Gil fluye esa expresión artística que son sus grabados al aguafuerte. Si nos asomamos a su espíritu observaremos que es impetuoso, céltico—hasta guerrero si se quiere—, toda la psicología gallega: embrujo, superstición, inquietud, nostalgia que no permanece estática. Corresponde la manifestación artística a lo que en el terreno literario fué, por ejemplo, Ramón del Valle Inclán. Valle Inclán, gallego de cuerpo entero, jamás quiso, ni pudo, hacer traición a su raza, antes bien se vanagloriaba de su estirpe gallega, y tenía muchas cosas gallegas; y cuanto producía era fuerte, recio, intenso y extenso. Esto mismo ocurre con Manuel Castro Gil; tiene contenido de un empuje que se extravasa, y produce auténticas filigranas. Y ¿qué son las obras grabadas de Castro Gil? Este artista es, ya lo he dicho antes, un observador finísimo y un estupendo dibujante; ésta es su cualidad primordial. Domina el dibujo, hasta hacérselo congénito, y produce sin esfuerzo alguno, con la difícil facilidad de los grandes productores. Al coger el buril, al poner la punta sobre el cobre, no hay secretos para él; dibuja con firmeza porque antes ha captado como un águila que se sitúa sobre castillos, templos y paisajes, y los recoge en su vuelo caudal, y los fija en la plancha. Es un observador, pero también un técnico, y al verter en el dibujo de la plancha la impresión recibida, es objetivo, y traduce a lo lírico, emociona su propia alma, la hace vibrar, y con su alma vibra el brazo, y la mano, y el buril, y hasta el cobre; y produce movimientos de claroscuro que infunden vida al metal. Parece que la plancha de cobre entabla un diálogo con Manuel Castro Gil, y le dice: Aquí estoy, dúctil, blanda como tableta de cera (de aquellas en las cuales escribían los romanos para borrar después); yo soy cera para ti, moldéame, dibuja sobre mí lo que se te antoje; estoy pronta a servirte. Y Manuel Castro Gil, con energía que no excluye el mimo—el mimo gallego, la dulzura gallega—, va dibujando, sin retoque, habilidad suprema del arte del grabado; hay que proceder con fijeza absoluta, con aplomo definitivo; y la plancha de cobre se amolda, como cera que después se endurece. Manuel Castro Gil ha aplicado los ingredientes, y ya está tirando las estampas, y cada una es un suspiro de la plancha; como si le arrancara un secreto, secreto que manifiesta a las gentes diciendo: Así habla esta plancha; y habla así porque yo la he hecho



Puente-Dei, en Burgos
Aguafuerte de MANUEL CASTRO GIL

hablar, porque la he dotado de alma, de vida. Y Castro Gil produce esas teorías de grabados inefables, unas veces de monumentos, otras de paisajes, otras quiméricos, siempre con espíritu netamente romántico —y hay que analizar el significado de esta palabra, porque ha sido tergiversada—, que arranca de su condición de gallego. No en vano el romanticismo ha tenido en Galicia un puntal fuerte. Y es romántico Castro Gil, porque el romántico tiene una visión libre, cordial, desde luego, de la Naturaleza, con amor inextinguible. Es, además, espíritu de independencia, de rebeldía; y Castro Gil en sus aguafuertes se nos manifiesta independiente, rebelde a cualquier técnica más o menos acreditada, rebelde a cualquier norma, a cualquier canon académico; él lo crea cada vez.

El romanticismo es asimismo devoción por los monumentos medievales olvidados, despectivamente olvidados por el neoclasicismo frío, que produjo la reacción favorable a estos monumentos, cada uno de los cuales encierra un mundo de poesía. Y Manuel Castro Gil, como los grandes románticos, penetra precisamente en esa poesía, en el alma poética de los monumentos; y es romántico porque ha visto en esos monumentos el latir y el fluir de una vida poderosa que se extinguió, como todo se extingue al correr de los siglos, pero conservan un valor latente, constante, porque es, en definitiva, el valor de una idea hecha piedra o pintura. Todo esto es el arte medieval, como doncella menesterosa y desvalida, a la que salvaron los esfuerzos de artistas como Winckelmann y Viollet-le-Duc, y en España andariegos como Cardenera, que iba tras la Edad Media como dama de sus pensamientos, que brindaba a la Edad Media todos los esfuerzos y sacrificios de sus correrías por la Patria.

Manuel Castro Gil es un romántico de cuerpo entero, romántico de verdad, absoluto, sincero.

Yo me imagino a Castro Gil con ese aire distraído, noble siempre, afable, bondadoso, recorriendo los pueblos de Castilla, los de su tierra, ahora los de Aragón, y observando... Observa los contornos para vaciarlos en los apuntes que toma, pero penetra en seguida, como si sus ojos fueran emisores de Rayos X, en el fondo. ¿Qué ha pasado en este monumento? ¿Qué significa este monumento? ¿Qué ha albergado? ¿Qué ha ocurrido aquí? ¿Qué drama se ha concluído en él? Eso lo ve inmediatamente Castro Gil, y al verlo se lo reserva para cuando tratará este asunto en la lámina de cobre; ha tomado el apunte, pero al vaciarlo en la lámina es algo más: el alma, el meollo, el nervio de ese apunte, y al fijarlo allí, le da forma indeleble, no sólo sincera, sino además penetrante. Tal es el valor de los aguafuertes de este gran romántico.

Se dedica también a menesteres oficiales. Lleva la dirección de los proyectos de la Casa de la Moneda. Además, enseña a sus discípulos; saldrán buenos discípulos de tal maestro; falta hace en España que se cree una escuela de grabadores. Pero esto, lo digo sinceramente, si estuviera en mi mano, durante una temporada larga, de algunos años, lo relegaría a segundo término, y le diría: Manuel Castro Gil, tu misión no está en la cátedra, ni en el laboratorio; debes recorrer España durante dos, tres, cinco, diez años (¡ojalá Dios te conceda muchos!); irás fijando en tu cuaderno las impresiones de esta España múltiple, pero tan una en su pensamiento y en su aspiración; tan varia en su apariencia de paisajes, tipos, costumbres, ambientes. Irás recogiendo todo esto, y de vez en cuando vendrás a tu taller, y con tus ayudantes precisos irás desarroilando estas estampas. Volverás a salir y a trabajar en tu laboratorio, y así estarás ocho o diez años, dedicado exclusivamente a esto, como una vocación, sí, pero al mismo tiempo como un mandato y un sacrificio, como regla de un monje medieval, de un benedictino que se ha impuesto por misión recorrer la Patria de Norte a Sur y de Este a Oeste, para recoger los aspectos maravillosos de España. ¿Cuál sería el resultado de esta labor? Ciertamente más eficaz ante los ojos del mundo, ante los ojos de los inteligentes de regiones remotas, que el crear unos discípulos, que el realizar un trabajo oficial, por tanto sometido a un orden, a una traza. Ello sería trabajar por la nombradía de España, la cual se pregona por muchos procedimientos. Pero aquí están las consideraciones de Carderera respecto del grabado: instrumento formidable de educación, pero no el grabado seco, lineal, sino el grabado de este Castro Gil, que emplea el aguatinta, las gomas, las lacas. No sé en realidad lo que emplea, ni quiero saberlo, ni pretendo averiguarlo, porque tal vez si observara el procedimiento, recibiera un desencanto análogo al de Sancho Panza cuando creyendo encontrar en Dulcinea del Toboso una dama de altísima alcurnia y apostura gentil, dió con una zafia lugareña que estaba ahechando trigo. No, no me interesa ver cómo produce Castro Gil estas estampas magníficas, pero sí afirmar que en estas andanzas de Castro Gil, toda la España auténtica—que se ha dado en llamar pintoresca—quedaría aprisionada en las planchas de cobre, prontas a reproducir ejemplares que recorrerían triunfalmente los ámbitos del mundo. Y esto sería un pregón de España, bastante más eficaz que el de la palabra, de la conferencia volandera o de las exhibiciones folklóricas que se prodigan por ahí, y su recuerdo se extingue pronto. El grabado fijaría de manera indeleble, como cuando los romanos, por ejemplo, fijaban sobre el mármol o el bronce los méritos de los caudillos y los hechos de los emperadores; España quedaría por entero en las láminas de cobre de Castro Gil, como en las estampas que ahora expone. ¡Ojalá Castro Gil pudiera destinar años, y lustros acaso, a

realizar este recorrido! Me acuerdo de Valentín Carderera, el coleccionista más fino del siglo pasado. Pero lo que no pudo hacer Carderera lo consigue Castro Gil. Conozco de aquél lindas acuarelas, de monumentos que han desaparecido. Y uno dice: Este monumento tengo para mí que está embellecido, idealizado en demasía. Valentín Carderera no practicó el arte del grabado, arte enérgico, que recoge el monumento con sus señales, con la silueta, con la línea, pero le da alma. El grabado al aguafuerte es prodigioso, precisamente, para hacer revivir los monumentos y valorar los paisajes.

Sorprende la variedad de matices que arranca el buril de Castro Gil; porque si es diestro en recoger monumentos, como la catedral de Burgos, el claustro de Silos, los rincones de Zaragoza, ¿qué diré de la captación del paisaje, que él recrea? Tiene un aguafuerte intitulada «La lluvia». Declaro que ante esta estampa me rindo al genio, porque el arte del grabado, que he considerado siempre como muy difícil, es insuperable en esta prueba, ya que las veladuras de la lluvia, ese aspecto melancólico pero aún vigoroso de una tempestad que se va calmando, no se consigue ni con el óleo, ni con la fotografía, ni con ningún otro procedimiento; es necesario el grabado, tal como lo ha realizado Castro Gil. El hombre de las visiones de su tierra, del paisaje lluvioso, ha grabado una estampa de magistrales veladuras. ¿Cómo producirá eso Castro Gil? Repito lo de antes: no me importa saber cómo consigue estas veladuras, esta melancolía total, el movimiento real de los árboles batidos por el vendaval. El hecho es que al contemplarla dice uno: Esto es verdad, esto es realidad, pero realidad interpretada de manera vibrátil, emocional, lírica; porque Manuel Castro Gil no es un mero reproductor, sino que interpreta según él siente, es decir, según la emoción que recibe; es la reflexión del ánimo al servicio de una mano segura.

RICARDO DEL ARCO.